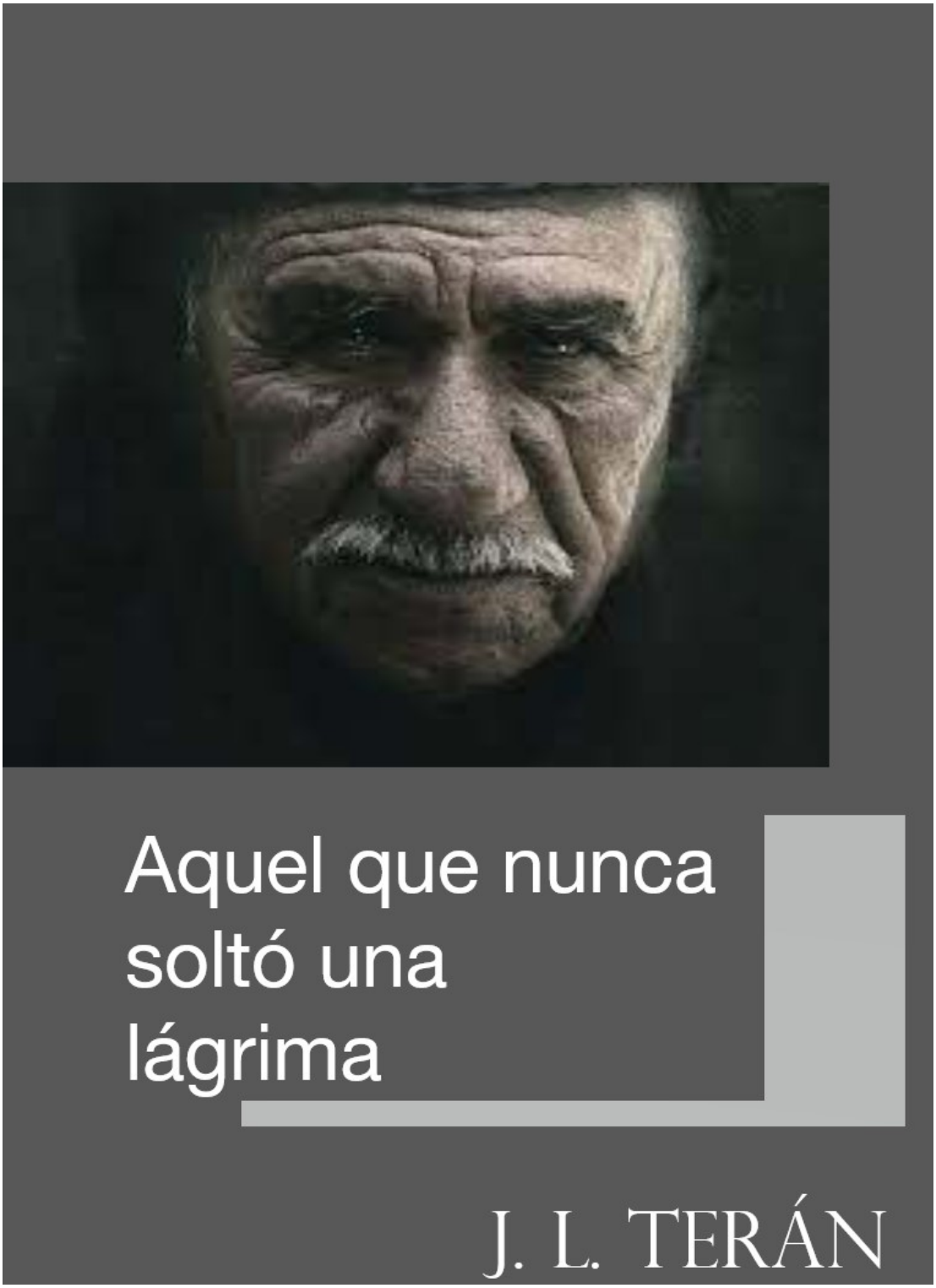
Aquel que nunca soltó una lágrima

José Luis Terán



Capítulo 1

Solo en su cuarto tomó con sus manos su librito. En él anotaba todas las veces que se había sentido triste, esto claro, según había recomendado el doctor.

Hoy sin duda era uno de esos días. Tomó la pluma, preciado regalo que conservaba en una lustrosa caja de cuero negra.

Esbozó unos trazos…

1 de Junio de 2020

Hoy dejé el cuerpo de Manuela en el sepulcro. Ayer la vi por última vez.

Luego solo dejó de nuevo la pluma en la caja y la metió en el velador cerca de su cama. Sentado aún frotó sus manos por el frio y se quedó mirando el cuarto en silencio.

El viejo librito tenía pocas fechas y pocas frases en cada hoja. Al leerlas solo llegó a contar 3 páginas completas— No sé cuánto dure esta vez la tristeza—Se dijo en voz baja a sí mismo.

—Quizá hasta que alguien escriba la última fecha, la de mi tumba—Le dijo una voz en su cabeza.

Se espabiló un poco y fue hacia el cuarto de baño. Ahí un gran espejo y varios estantes que contenían aún varias cosas de Manuela. Su perfume, su cepillo de dientes, su crema corporal favorita.

Se miró en el espejo y ahí estaba la silueta de su rostro. Vieja y arrugaba, un semblante serio que poco expresaba alguna emoción. Sus ojos marrones.

Por más que lo intentó y se compadeció de sí mismo. Apretó los puños con todas sus fuerzas, se acercó al espejo y tomó entre sus manos sus mejillas. Pero nada.

El llanto no brota de un campo estéril de emociones.

Hoy más que nunca recordaba el día aquel cuando empezó todo. El día que su madre le contó la historia de su nacimiento:

"Cuando naciste hijo, hubo un gran silencio en la sala. Mientras los otros niños desbordaban en llanto. Tu solo me mirabas. La mirada más expresiva que había visto, ni un grito, ni un resoplido, ni una sola lágrima. Eso le gustaba a tu padre, el siempre decía (Nació como un gran hombre

sin lágrimas ni pucheros)

Luego solo pasaron los años y nunca nadie te vio llorar. Ya hasta me dijo Manuela que ni cuando nació Joaquín o cuando al fin tu padre se fue de este mundo”

¿Cómo no recordar a su madre? ¿Cómo no recordar a Manuela? ¿Cómo no sentir nada?

Manuela siempre le dijo —“En las lágrimas se esconden los más puros sentimientos, por eso lloro tanto porque te amo con amor puro, porque esto que siento en mi pecho lo expreso a través de mis ojos”.

¡Qué culpable se sentía! —Ni una maldita lágrima, ni una sola.

Hubiera querido desbordarse en llanto, que los mares y la lluvia resbalaran por su rostro. Que Manuela lo escuchara en las alturas. Pero el sabía que no habría posibilidad, solo le quedaban las hojas donde reflejaba su dolor. La única expresión, la única señal de que estaba sufriendo.

Al final lo que le queda al hombre después del dolor es la resignación y eso lo acompañó durante los días venideros.

Luego de Manuela solo le quedaron semanas, no completó ni un mes. Tampoco tenía sentido si hubiera seguido.

Su hijo unos días antes de su partida le dijo:

“Papá creo que no entiendes. No te esfuerces en sacar lágrimas de tus ojos. Yo entendí que eres diferente. Tú no lloras por fuera, lloras por dentro. Las lágrimas se desbordan hacia dentro de tu cuerpo y por eso es que no salen. Quizá en tu alma encuentres el lago de tu llanto.

No te preocupes por mamá, por la abuela o el abuelo. Tus lágrimas no les darán más consuelo”

Quizá su hijo tenía razón pues nunca lloró, nunca una sola lágrima. Pero se asfixiaba por dentro. El día que murió no fue una enfermedad, ni un accidente. Fue que el océano de lágrimas que tenía en su alma, por fin se desbordó y ahogó su espíritu hasta apagarlo poco a poco.

En su mausoleo y junto a su esposa. Él mismo hizo erigir una piedra con el siguiente motivo:

29 de junio de 2020

“Aquí yace aquel que no soltó una lágrima”